

CLASES MAGISTRALES

El cálido invierno demográfico



Albert Esteve

*Director del Centro de Estudios Demográficos
Universidad Autónoma de Barcelona*

Del 10 al 12 de diciembre de 2018

Día 1. Lunes 10 de diciembre Tendencias y proyecciones demográficas

Entre 1975 y 2017 la población española aumentó de 35 a 47 millones de habitantes. Este crecimiento ha ido acompañado de una fuerte reestructuración de la estructura por edad de la población, cada vez más envejecida. El envejecimiento de la población española es el resultado de tres factores: la caída de los nacimientos, el aumento de la esperanza de vida, y la llegada a edades avanzadas de los baby-boomers, las generaciones nacidas entre 1955-1975. En las próximas décadas, el envejecimiento de la población se acelerará. La población mayor de 65 años o más pasará de los 9 millones actuales a 16.5 millones en 2050, según las últimas proyecciones del INE. En términos relativos, esto significa pasar del 19% al 38% de la población total. El número de defunciones superará el de los nacimientos (ya está ocurriendo) y el crecimiento natural de la población será negativo. Solo el crecimiento migratorio podrá hacer aumentar la población española. En la misma situación se encuentran la mayoría de países avanzados del mundo.

El envejecimiento de la población y el aumento de las defunciones en España en los próximos años no deberían empañar los avances extraordinarios en longevidad, en esperanza de vida. Con una media de 83 años, la esperanza de vida en España es la segunda más elevada del mundo, solo superada por Japón. En el último medio siglo, la esperanza de vida en España, y en la mayoría de países occidentales, ha crecido una media de 2.5 años por década. De seguir a este ritmo, la mitad de los niños y niñas que nacen en la actualidad alcanzarán los 100 años de edad. El aumento de la esperanza de vida es el resultado de una mejora de la supervivencia a todas las edades, especialmente a edades avanzadas.

Pero los años ganados en esperanza de vida no son siempre años en buena salud. Aproximadamente, solo la mitad de los años ganados son años en buena salud, libres de discapacidad. Las mujeres tienen una esperanza de vida 5 años mayor que los hombres, pero también viven más años con mala salud.

Los aumentos constantes en esperanza de vida, también en buena salud, obligan a repensar el envejecimiento según el criterio de envejecimiento flexible. Por ejemplo, si adoptamos un criterio estático y fijamos el inicio de la ‘vejez’ a los 65 años, la población de 65 años o más en España crecería del 19% al 38% entre 2017 y 2050. Sin embargo, si fijáramos el inicio de la ‘vejez’ a la edad en que en el futuro las personas tendrán la esperanza de vida que hoy tienen las personas de 65 años, la proporción de mayores en 2050 sería del 28% (criterio flexible de edad) y no del 38% (criterio estático de edad). A edad igual, los “viejos” del futuro serán cada vez más jóvenes porque su esperanza de vida será mayor. Además, la población mayor de 65 años tendrá unos niveles de instrucción cada vez mayores, especialmente las mujeres. Las actitudes, usos del tiempo y actividades de la gente mayor variarán. A modo de ejemplo, más del 50% de las personas que se jubilaron en la última década iniciaron una nueva actividad tras la jubilación. En 1993, este porcentaje estaba por debajo del 10%.

Resumiendo, la población española está envejeciendo debido a la caída de los nacimientos, el aumento de la esperanza de vida y, especialmente, la llegada de las generaciones del baby-boom a edades avanzadas. Pero la esperanza de vida sigue creciendo y esto tiene efectos positivos sobre el envejecimiento porque rejuvenece a la gente mayor. La llegada a edades avanzadas de una población más educada y con estilos de vida distintos augura una vejez muy distinta a la que conocemos ahora.

Día 2. Martes 11 de diciembre Factores asociados al cambio demográfico

A excepción de los años de la guerra civil, el número de nacimientos en España superó con creces los 500 mil nacimientos anuales entre 1870 y 1980. En los años del baby-boom, 1960-1975, los nacimientos rozaron los 700 mil anuales. Desde mediados de los años 70, el número de nacimientos viene cayendo debido a la fuerte caída de la fecundidad de las mujeres (y hombres) y a la llegada de generaciones vacías a la edad de ser madre. La caída solo se interrumpió, momentáneamente, con la llegada de los baby-boomers a edades reproductivas. Los nacimientos dependen del número de mujeres en edad reproductiva y de su fecundidad. La fecundidad es el número medio de hijos que una mujer tendría si viviera toda su vida reproductiva en un determinado año. Desde los años 80, la fecundidad de las mujeres en España está no solo por debajo del nivel del reemplazo, 2,1, sino de los 1,5 hijos por mujer. Es una de las fecundidades más bajas de Europa y del mundo, actualmente solo superada por los países del Este de Europa y del Este asiático (Japón, Corea del Sur y Taiwan). La fecundidad de las extranjeras en España es 0.25 hijos superior a la de las mujeres españolas.

El retraso en la edad al primer hijo está directamente relacionado con la baja fecundidad. La edad al primer hijo en España no ha dejado de crecer en las últimas tres décadas, pasando de 26 a 32 años entre 1985 y 2017, el nivel más alto de Europa. El retraso en la edad al primer hijo viene acompañado por un aumento de la infecundidad (mujeres sin hijos). Una de cada cuatro mujeres nacida a mediados de los 70s no va a ser madre, una proporción jamás observada en ninguna de las generaciones de mujeres nacidas en el siglo XX. Los niveles de infecundidad en España son de los más altos del mundo, incluso por encima de los de Japón. La reciente publicación de la Encuesta de Fecundidad del INE 2018 revela que más de la mitad de las mujeres que no serán madres hubiera querido serlo. Si estas mujeres hubieran tenido los hijos que deseaban, la fecundidad en España estaría en 1,8 hijos por mujer, parecida a la de los países escandinavos. Las razones por las que las mujeres no tienen hijos son diversas y varían con la edad. Entre los 30 y 34 años de edad, 2 de cada 10 mujeres que no tienen hijos alude a razones de pareja, 4 de cada 10 a razones económicas y de conciliación, 1 de cada 10 a que es demasiado joven, 1 a problemas para quedarse embarazada, 1 a otras razones y solo 1 a que no quiere ser madre. Según aumenta la edad, los problemas de pareja se mantienen, el resto de razones pierde importancia, pero aumentan significativamente los problemas relacionados con quedarse embarazada.

Hay margen para recuperar la fecundidad en España dado que la fecundidad deseada es superior a la observada. Recuperar la fecundidad deseada no materializada debería ser un objetivo prioritario para la sociedad, no tanto para garantizar la sostenibilidad de la población y del estado del bienestar, sino para que todas las personas puedan llevar a cabo sus proyectos reproductivos. El papel de mujeres y hombres en la sociedad ha cambiado. Los jóvenes tienen dificultades objetivas para emanciparse y formar pareja. Las expectativas de hombres y mujeres en el mercado matrimonial han cambiado, especialmente entre las mujeres que buscan hombres más proclives a compartir los costes domésticos de la reproducción. Sin embargo, los datos muestran que las mujeres siguen llevando a cabo el grueso de las tareas domésticas, especialmente cuando llegan los hijos. Los niveles de precariedad laboral e inseguridad residencial han crecido. En estas condiciones, es difícil que los jóvenes reúnan las condiciones óptimas para emprender un proyecto reproductivo. La reproducción tiene unos costes y unos límites de edad. Las técnicas de reproducción asistida pueden ayudar a superar los límites de edad pero la economía y las políticas públicas deberían contribuir a dar seguridad a las jóvenes, especialmente entre los 30 y 39 años, edades críticas para tener el primer hijo.

Día 3. Miércoles 12 de diciembre Retos asociados al cambio demográfico

La llegada de los baby-boomers a edades avanzadas, el aumento de la esperanza de vida y la caída de los nacimientos tienen implicaciones sobre la sostenibilidad demográfica del estado del bienestar, la demanda de cuidados, y la sostenibilidad demográfica de las áreas más envejecidas.

Los efectos del cambio demográfico tienen un efecto desigual sobre el territorio. La población española está repartida en forma desigual. La población se agrupa en las principales metrópolis del

país, capitales de provincia y en la costa. El nivel de envejecimiento en estas áreas es significativamente más bajo que el de las áreas menos pobladas e interiores del país. Galicia, Asturias, Cantabria y Castilla y León son las comunidades más envejecidas de España, con un elevado número de municipios pequeños con una proporción de mayores de 65 años superior al 50 por ciento, una cifra que España, en su conjunto, no alcanzaría hasta el próximo siglo. Estas áreas presentan los porcentajes más elevados de hogares unipersonales y viviendas deshabitadas. Igualmente, el efecto rejuvenecedor de la inmigración internacional ha tenido poco impacto en estas áreas, ya que su presencia absoluta y relativa ha sido mayor en las áreas más pobladas. España se enfrenta al reto de dar servicios y articular políticas en regiones cada vez más desiguales en cuanto a su estructura por edad, sexo y origen.

El envejecimiento de la población aumentará la demanda de cuidados. El aumento de la esperanza de vida y los años de vida en salud no será suficiente para contrarrestar los efectos de la llegada a edades avanzadas de la generación del baby-boom. Incluso reduciendo los niveles de discapacidad actual en un 20%, las personas con discapacidad aumentarían en más de 330 mil en las próximas dos décadas. Si los niveles de discapacidad se mantienen constantes, el aumento sería de 1,34 millones. En la actualidad, el grueso de los cuidados recae sobre la familia. La proporción de mayores de 65 años con discapacidad que son únicamente atendidos por cuidados formales (ej. Residencias, cuidadores profesionales) es solo del 16%, sensiblemente inferior a los niveles de Holanda (45%), Francia (32%), o Alemania (22%). La disponibilidad de parentesco de la gente mayor en el futuro será, sin embargo, menor debido al menor número de hijos, hermanos, etc., y tampoco está claro cómo evolucionará la predisposición al cuidado. Entre los cuidadores se observa una demanda creciente por los servicios de atención a domicilio más que una demanda de apoyo formal en forma de salario mensual al cuidador.

Finalmente, la jubilación de los baby-boomers y su mayor esperanza de vida generarán tensiones en el sistema de pensiones, financiado hasta ahora con las cotizaciones de la población ocupada a la seguridad social. Desde 1975, la relación entre la población cotizante y la jubilada se ha deteriorado. Sin embargo, si no fuera por los baby-boomers y la inmigración internacional, la situación a día de hoy, demográficamente hablando, sería más crítica. De hecho, la inmigración internacional ha rejuvenecido la estructura por edad de la población y los baby-boomers se encuentran plenamente integrados en el mercado laboral. Su jubilación, sin embargo, tensionará el sistema. Los ajustes del sistema no deberían penalizar a las generaciones por su tamaño, pero sí que podrían ajustarse por la mayor esperanza de vida. La caída de la sostenibilidad del sistema en los próximos años viene determinada principalmente por la jubilación de generaciones muy llenas, que han contribuido a la sostenibilidad (y superávit) del sistema mientras han estado activas. La evolución de la fecundidad tiene poco recorrido para mejorar la sostenibilidad del sistema. Los efectos de una recuperación exprés de la fecundidad hasta los 2,1 hijos por mujer en 2040 tendrían efectos imperceptibles en los próximos 50 años. La inmigración internacional (de gente joven) tiene efectos positivos directos sobre la población activa y, por tanto, mejora la relación entre activos y jubilados. A largo plazo, los efectos no son tan grandes porque los inmigrantes también se jubilan.